

tomado mis precauciones, y que es mejor que no vayas a los plebisecitos.

CÉSAR.—¿Qué sabes tú lo que es la lealtad? La palabra debería estallarte en los labios y deshacerte.

NAVARRO.—Puede costarte la vida.

CÉSAR.—Lo mismo que a ti. Es el precio de este juego.

NAVARRO.—Como quieras entonces. Pero estás a tiempo..., hasta para la Universidad, mira. Podemos arreglarnos. Déjame pasar esta vez..., después gobernarás tú. Entre los dos lo haremos todo.

CÉSAR.—Imbécil. No me sorprendería que me asesinas. Me sorprende que no lo hayas hecho ya.

NAVARRO.—No soy tan tonto.

CÉSAR.—Vete.

NAVARRO.—(Se dirige a la puerta. Se vuelve, de pronto.) Oye..., quiero que llames aquí a Salinas, anda buscando pleito.

CÉSAR.—¿Tienes miedo a pelear de frente? Es natural. (Va a la puerta. Llama.) ¡Salinas! (NAVARRO sonríe para sí.)

SALINAS.—(Entrando.) Mande, general.

CÉSAR.—Estate aquí mientras pasa el general Navarro. Creo que tiene miedo. (Se oye dentro el ruido de un automóvil que parte.)

NAVARRO.—Tú solo te has sentenciado, «general» Rubio.

SALINAS.—(Echando mano a la pistola.) ¿Mi general?

CÉSAR.—(Deteniendo su mano.) No desperdicies tus cartuchos. Echale un poco de sal para que se deshaga.

NAVARRO.—(Después de una última mirada.) Será como tú lo has querido. (Mutis por la derecha. Un momento después se oye el ruido de automóviles en marcha, que se alejan.)

SALINAS.—Mi general, este lleva malas intenciones. Yo creo que habría que pararle los pies. Déme usted permiso.

CÉSAR.—No, Salinas, déjalo. No puede hacer nada. (Va al centro y ve a MIGUEL, que sale, pálido, del marco de la puerta izquierda. Se oyen pasos en la escalera.) ¡Miguel! ¿Estabas aquí?

MIGUEL.—(Con voz extraña.) No..., te traía tu sombrero. (Se lo tiende.)

CÉSAR.—¿Qué tienes tú?

MIGUEL.—Nada. (Al mismo tiempo que aparece ELENA en la puerta izquierda, GUZMÁN, TREVIÑO y ESTRELLA entran por la derecha.)

CÉSAR.—Es hora de irnos, muchachos.

ELENA.—César, quiero hablarte un momento.

CÉSAR.—Tendrá que ser muy rápido, Elena. Por eso me despedí de ti antes. Vayan preparando los coches, muchachos, los alcanzaré en un instante. (MIGUEL se dirige a la izquierda.) ¿Tú no vienes con nosotros, Miguel?

MIGUEL.—(Se detiene, vacila visiblemente. Al fin, con un esfuerzo.) No. (Todos lo miran. Comprende que debe dar una explicación.) No me siento bien. (Rápido.) Si estoy mejor dentro de un rato, los alcanzaré allá. (Evita hablar directamente a su padre; no lo mira. Termina de hablar apenas cuando sale por la izquierda sin esperar más.)

CÉSAR.—Vamos, muchachos. Adelántense.

GUZMÁN.—(Conforme salen.) Vamos a levantar una buena escolta. No me fío de Navarro. Se reía al subir a su coche. (Salen él, TREVIÑO y SALINAS, hablando entre ellos.)

ESTRELLA.—(Se detiene en el umbral y regresa unos pasos.) ¿Puedo preguntar cómo resultó la entrevista, mi general?

CÉSAR.—Muy bien. Tranquilícese, licenciado. Ande. (ESTRELLA sale.)

ELENA.—¿Qué entrevista? ¿Entonces es verdad que Navarro ha estado aquí? Eso es lo que quería preguntarte.

CÉSAR.—Sí, aquí estuvo.

ELENA.—¿Qué quería?

CÉSAR.—Ganar, naturalmente. Pero perdió.

ELENA.—César, no vayas a los plebiscitos.

CÉSAR.—(Riendo.) Me recuerdas a la mujer de César..., del romano. (Se acerca a ella y le toma las manos.) ¿Tienes miedo?

ELENA.—Sí..., es la verdad. Renuncia a todo esto, César. Navarro puede...

CÉSAR.—Navarro no puede nada ya. Aquí perdió los dientes y las uñas.

ELENA.—Puede matarte todavía.

CÉSAR.—No es tan tonto.

ELENA.—¿Por qué habrías de arriesgar tu vida por una mentira? No lo hagas, César; vayámonos de aquí, a vivir en paz.

CÉSAR.—Te dije: Todo contigo. ¿Lo recuerdas? Hablas de una mentira, ¿cuál?

ELENA.—¿No lo sabes?

CÉSAR.—Es que ya no hay mentira: fue necesario al principio, para que de ella saliera la verdad. Pero ya me he vuelto verdadero, cierto, ¿entiendes? Ahora siento como si fuera el otro..., haré todo lo que él hubiera podido hacer, y más. Ganaré el plebiscito..., seré gobernador, seré presidente tal vez...

ELENA.—Pero no serás tú.

CÉSAR.—Es decir, ¿que no crees en mí todavía? Precisamente seré yo más que nunca. Solo los demás creerán que soy otro. Siempre me pregunté antes por qué el destino me había excluido de su juego, por qué nunca me utilizaba para nada: era como no existir. Ahora lo hace. No puedo quejarme. Estoy viviendo como había soñado siempre. A veces tengo que verme en el espejo para creerlo.

ELENA.—No es el destino, César, sino tú, tus ambiciones. ¿Para qué quieres el poder?

CÉSAR.—Te sorprendería saberlo. No haré más daño que otro, y quizá haré algún bien. Es mi oportunidad y debo aprovecharla. Julia parecerá bonita..., ya ahora lo parece, cuando me mira; será cortejada por todos los hombres. Miguel podrá hacer algo brillante, amplio, si quiere. Tú... (*La abraza.*) será como si te hubieras vuelto a casar, con un hombre enteramente nuevo..., llevarás la vida que escojas. Tendrás, al fin, todo lo que quieras.

ELENA.—Yo no quiero nada. Te suplico que no vayas a ese plebiscito.

CÉSAR.—No podría dejar de ir más que muerto. Ahora todo está empezado y todo tiene que acabar. No puedo hacer nada más que seguir, Elena; soy el eje de la rueda. Pero siento que el muerto no es César Rubio, sino yo, el que era yo..., ¿entiendes? Todo aquel lastre, aquella iner-

cia, aquel fracaso que era yo. Dime que entiendes... y espérame. (*La abraza, la besa, y se cala el sombrero.*)

ELENA.—Por última vez, César. ¡No vayas!

CÉSAR.—¿De qué tienes miedo?

ELENA.—No te lo diré: podría yo atraerte el mal así.

CÉSAR.—(*Sonriendo.*) Hasta dentro de un rato, Elena. Cuando vuelva, serás la señora gobernadora. (*La mira un momento y sale. Dentro, lo acoge un vocerío entusiasta.*

ELENA permanece en el sitio, mirando hacia la puerta. De pronto CÉSAR reaparece.) Es bueno que hables con Miguel. Es la única inquietud que me llevo: estuvo muy extraño hace un rato; me parece que sabe algo. Tranquilízalo, Elena. (*Hace un saludo final con la mano, y se va. ELENA sola va hacia el cartel. Lo mira pensativamente un momento. Se oye a MIGUEL en la escalera. ELENA se vuelve.*)

MIGUEL.—Mamá, tengo que hablarte.

ELENA.—Tengo una inquietud tan grande por tu padre, hijo. No viviré hasta que regrese.

MIGUEL.—Si triunfa, cuando regrese yo empezaré a dejar de vivir.

ELENA.—¿Por qué dices eso?

MIGUEL.—(*Brutal.*) ¿Por qué ha hecho esto mi padre?

ELENA.—(*Sentándose en el sofá.*) ¿Hecho qué?

MIGUEL.—Esta mentira..., esta impostura.

ELENA.—¿Qué dices?

MIGUEL.—Sé que no es César Rubio. ¿Por qué tuvo que mentir?

ELENA.—Podría decirte que no ha mentido.

MIGUEL.—Podrías, en efecto. ¿Y qué? No me convencerías después de lo que he oído.

ELENA.—¿Qué es lo que has oído, Miguel?

MIGUEL.—La verdad. Se la oí decir a Navarro.

ELENA.—¡Un enemigo de tu padre! ¿Cómo pudiste creerlo?

MIGUEL.—También se lo oí decir a otro enemigo de mi padre..., al peor de todos. A él mismo.

ELENA.—¿Cuándo?

MIGUEL.—Hace un momento, cuando discutía con Navarro. Miente ahora tú también, si quieres.

ELENA.—¡Miguel!

MIGUEL.—¿Cómo voy a juzgar a mi padre... y a ti... después de esto?

ELENA.—(*Reaccionando con energía.*) ¿A juzgarnos? ¿Y desde cuándo juzgan los hijos a sus padres?

MIGUEL.—Quiero, necesito saber por qué hizo esto. Mientras no lo sepa no estaré tranquilo.

ELENA.—Cuando tú naciste, tu padre me dijo: Todo lo que yo no he podido ser, lo que no he podido hacer, todo lo que a mí me ha fallado, mi hijo lo será y lo hará.

MIGUEL.—Eso es el pasado. No vayas a decirme ahora que mintió por mí, para que yo hiciera algo.

ELENA.—Es el presente, Miguel. Exámate y júzgate, a ver si has correspondido a sus ilusiones.

MIGUEL.—¿Ha respetado él las mías? Todavía al llegar a esta casa le pedí que no fuera a hacer nada deshonesto, nada sucio. Tenía yo derecho a pedírselo, y él lo prometió.

ELENA.—Nada sucio, nada deshonesto ha hecho.

MIGUEL.—¿Te parece poco? Robar la personalidad de otro hombre, apoyarse en ella para satisfacer sus ambiciones personales.

ELENA.—Todavía hace un momento se preocupaba por ti; pensaba que a su triunfo tú podrías hacer lo que quisieras en la vida. ¿Es así cómo le pagas?

MIGUEL.—Lo que no quiero es su triunfo..., no tiene derecho a triunfar con el nombre de otro.

ELENA.—Toda su vida ha deseado hacer algo grande... no solo para él sino para mí, para ustedes.

MIGUEL.—¿Entonces por eso lo justificas? ¿Porque te dará dinero y comodidades?

ELENA.—No conoces a tu madre, Miguel. Tu padre no perjudica a nadie. El otro hombre ha muerto, y él puede hacer mucho bien en su nombre. Es honrado.

MIGUEL.—¡No! No es honrado, y eso es lo que me lastima en esto. En la miseria yo le hubiera ayudado..., lo hubiera hecho todo por él. Así..., no quiero volver a verlo.

ELENA.—(*Asustada.*) Eso es odio, Miguel.

MIGUEL.—¿Qué esperabas que fuera?

ELENA.—No puedes odiar a tu padre.

MIGUEL.—He hecho todos los esfuerzos..., primero con-

tra la mediocridad, contra la mentira mediocre de nuestra vida. Toda mi infancia gastada en proteger una apariencia de cosas que no existían. Luego, en la Universidad, mientras él defendía el cascarón, la mentira...

ELENA.—¡Miguel! ¿Te olvidas de que tú...?

MIGUEL.—No. Pero ahora esto. Es demasiado ya. Con razón me sentía yo inquieto, incómodo, avergonzado, cada vez que oía los vivos, los aplausos, los discursos. Ha llegado a representar a la perfección todas las mentiras que odio, y esto es lo que ha hecho por mí, por su hijo. Nunca podré oír ya el nombre de César Rubio sin enrojecer de vergüenza.

ELENA.—(*Levantándose agitada.*) No podría decirte cuánto me torturas, Miguel. Debe de haber algo descompuerto en ti para darte estos pensamientos.

MIGUEL.—¿Por qué hizo esto mi padre?

ELENA.—¿No has dicho tú mismo que por sus ambiciones, no has pensado ya que por las mías? ¿No has dicho que no crearás lo contrario de lo que crees ahora? No tengo nada que decirte, porque no lo comprenderías. No te reconozco, eso es todo..., no puedo creer que seas el mismo que llevé en mí.

MIGUEL.—Mamá, ¿no comprendes tú tampoco, entonces?

ELENA.—Comprendo que te llevaba todavía en mí, que seguías en mi vientre, y que de pronto te arrancas de él.

MIGUEL.—¿No te das cuenta de que quiero la verdad para vivir; de que tengo hambre y sed de verdad, de que no puedo respirar ya en esta atmósfera de mentira?

ELENA.—Estás enfermo.

MIGUEL.—Es una enfermedad terrible, no creas que no lo sé. Tú puedes curarme..., tú puedes explicarme...

ELENA.—(*Lo mira con una gran piedad.*) Siéntate, Miguel. (*Ella se sienta en el sofá, a sus pies.*)

MIGUEL.—(*Mientras se sienta.*) ¿Qué podrías decirme que borre lo que oí a mi propio padre?

ELENA.—Puedo decirte que tu padre no mintió.

MIGUEL.—(*Irguiendo violentamente la cabeza.*) Si tú mientes, mamá, se me habrá acabado todo.

ELENA.—(*Enérgica.*) Tu padre no mintió. El nunca dijo

a nadie: Yo soy el general César Rubio. A nadie..., ni siquiera a Bolton. El lo creyó, y tu padre lo dejó creerlo; le vendió papeles auténticos para tener dinero con que llevarnos a todos nosotros a una vida más feliz.

MIGUEL.—Pero me había prometido... No puedo creerlo.

ELENA.—¿No estuviste tú aquí la tarde que vinieron los políticos? ¿Le oíste decir una sola vez que él fuera el general César Rubio? (MIGUEL *mueve la cabeza en silencio.*) Entonces, ¿por qué lo acusas? ¿Por qué has dicho todas esas horribles cosas?

MIGUEL.—(Nuevamente apasionado.) ¿Por qué aceptó entonces toda esa farsa, por qué no se opuso a ella? No dijo: Yo soy el general César Rubio, pero tampoco dijo que no lo fuera. ¡Y era tan fácil! Una palabra..., y ha ido más lejos aún..., ha llegado a engañarse, a creer que es un general, un héroe. Es ridículo. ¿Cómo pudo?... Si yo tuviera un hijo le daría la verdad como leche, como aire.

ELENA.—Si tuvieras un hijo, lo harías desgraciado. Ya te he dicho por qué aceptó tu padre. Hará bien en el gobierno, es su oportunidad, la cosa que él había soñado siempre; podrá dar a sus hijos lo que no tuvieron antes. ¿Qué harías tú en su lugar, si tus hijos te creyeran un fracasado, y se te presentara la ocasión de hacer algo... grande?

MIGUEL.—Nada es más grande que la verdad. Mi padre gobernará en lugar de los bandidos..., él mismo lo dijo; pero esos bandidos por lo menos son ellos mismos, no el fantasma de un muerto.

ELENA.—No tomó su nombre siquiera..., se llamaban igual, nacieron en el mismo pueblo...

MIGUEL.—No..., no..., así no. Lo prefería yo cuando estubo frente a mí en la Universidad.

ELENA.—Eres tan joven, Miguel. Tus juicios, tus ideas, son violentos y duros. Las lanzas como piedras y se deshacen como espuma. Antes, en la Universidad, acusabas a tu padre de ser un fracasado; ahora...

MIGUEL.—Era mejor aquello. Todo era mejor que esto. Ahora lo veo. (JULIA *entra por la izquierda. Visiblemente ha estado oyendo parte de esta conversación. MIGUEL se levanta y va hacia la ventana.*)

JULIA.—¿Qué pasa, mamá?

ELENA.—Nada.

JULIA.—No me lo niegues.

MIGUEL.—(Volviéndose, sin dejar la ventana.) Has estado oyendo, ¿verdad? Escondida en la escalera.

JULIA.—Así oíste tú lo que no debías oír: la conversación entre papá y Navarro. Te vi desde arriba. ¿Por qué no saliste entonces? ¿Por qué no te atreviste a decirle esas cosas a papá, frente a frente?

ELENA.—¡Julia!

JULIA.—Para mí, como quiera que sea, papá será siempre un hombre extraordinario..., un héroe. Si lo hubieras observado estos días, dando órdenes, hablando al pueblo, sometiendo a los jefes, habría visto que nació para esto. Tuvo que esperar mucho tiempo, pero merecía tener esta ocasión de...

MIGUEL.—Eres mujer. ¿Cómo no había de despertar tus peores instintos el truco del héroe? Eso es lo que te tiene seducida. Si no le observé a él, era porque te observaba a ti. Para quien no supiera que eras su hija, pudiste pasar por una enamorada de él. Y, además, claro, su heroísmo te dará lo que has deseado siempre: trajes, joyas, automóviles...

ELENA.—¡Miguel, te prohíbo...!

JULIA.—Pero si lo que habla en ti es la inferioridad, la envidia...

MIGUEL.—¡Yo no he mentido!

JULIA.—El era un buen profesor; tú, un mal estudiante. Ahora, en el fondo, querrías estar en su lugar, ser un héroe. Pero te falta mucho.

MIGUEL.—¡Estúpida! ¿No comprendes entonces lo que es la verdad? No podrías..., eres mujer; necesitas de la mentira para vivir. Eres tan estúpida como si fueras bonita.

ELENA.—(Interponiéndose entre ellos.) ¡Basta, Miguel!

JULIA.—No creas que me lastimas con eso. ¿Qué es mi fealdad junto a tu cobardía? Porque tu afán de tocar la verdad no es más que una cosa enfermiza, una pasión de cobarde. La verdad está dentro, no fuera de uno.

ELENA.—¡Julia!

MIGUEL.—Créelo así, si quieres. Yo seguiré buscando la

verdad. (Pausa. JULIA va hacia la mesa, toma los telegramas y los lee uno por uno, con satisfacción. ELENA se sienta. MIGUEL, clavado ante la ventana, mira hacia afuera.)

JULIA.—Mira, mamá, del presidente. (Se lo lleva.)

ELENA.—(Toma el telegrama, pero no lo mira.) Miguel...

MIGUEL.—¿Mamá?

ELENA.—¿Oíste toda la conversación con Navarro?

MIGUEL.—Casi toda.

ELENA.—Entonces debes decirme...

MIGUEL.—No recuerdo nada...; la verdad que oí me llenó los oídos de tal modo, que no pude oír otra cosa ya.

ELENA.—¿Amenazó Navarro a tu padre?

MIGUEL.—Supongo que sí.

ELENA.—Recuerda..., es necesario que recuerdes. Nunca he estado tan inquieta por él. ¿Qué dijo? ¿En qué forma lo amenazó?

MIGUEL.—¿Qué importancia tiene? Mi padre no puede perder ahora.

ELENA.—¡Miguel! Por favor, piensa; hazlo por mí.

MIGUEL.—(Después de una pausa.) Ahora recuerdo. Al despedirse, Navarro dijo..., sí: «Tú solo te has sentenciado... Será como tú lo has querido.»

ELENA.—(Levantándose.) Miguel, tu padre está en peligro, y tú lo sabías y te has quedado aquí a decir esas cosas de él...

MIGUEL.—(Adelantando un paso.) ¿No te das cuenta de cómo me sentía yo..., de cómo me siento?

ELENA.—¡Tu padre está en peligro!

MIGUEL.—¿No lo buscó él? ¿No mintió?

ELENA.—Debes ir pronto, Miguel. Debes cuidarlo. (MIGUEL vacila.)

JULIA.—No se atreve, mamá, eso es todo. Iré yo.

ELENA.—Yo lo sentía, lo sentía. (Se oprime las manos.) Navarro va a tratar de matarlo. (JULIA corre hacia la puerta, a la vez que:)

MIGUEL.—(Reaccionando bruscamente.) Tienes razón, mamá. Perdóname por todo. Iré..., trataré de cuidarlo; pero después... Seremos mi padre y yo, frente a frente. (Sale corriendo.)

JULIA.—No pasará nada, mamá. ¡Tengo tanta confianza en él ahora!

ELENA.—No sé..., no sé. En el fondo, Miguel...

JULIA.—Miguel está loco, mamá..., busca la verdad con fanatismo, como si no existiera. No le hagas caso.

ELENA.—Está en un estado tal... Y tú también. Todas estas cosas que se han dicho ustedes dos...

JULIA.—(Con una sonrisa.) Así era de niño, mamá. Y así era cómo Miguel se decidía a elegir, para demostrarme que no era un cobarde.

ELENA.—Has sido tan dura...

JULIA.—Pero a nadie más le dejaría yo decirle eso.

ELENA.—No sé..., no sé... (Un poco hipnotizada por la inquietud.) ¿Qué hora es?

JULIA.—Mediodía, mamá. Fíjate en el sol. Ahora ya puedo saber la hora por el sol. (ELENA, un poco somnámbula, va hacia la ventana. Allí abre los brazos, de modo que toque los dos extremos del marco, y con la cabeza echada hacia atrás, mira intensamente hacia afuera. JULIA sigue leyendo telegramas y subrayando su interés con pequeños gestos de satisfacción. ELENA parece una estatua. JULIA la mira.) Tranquilízate, mamá, por favor. Dentro de poco estaré aquí y seremos otros... Hasta Miguel.

ELENA.—(Sin volverse.) No puedo. Hace un momento sentí el sol como un golpe en el pecho.

JULIA.—Hazlo por él. No le gustaría verte así.

ELENA.—Miguel tiene razón. Nada bueno puede salir de una mentira. Y, sin embargo, yo no he podido detener a César.

JULIA.—No hay mentira, mamá. Todo el pasado fue un sueño, y esto es real. No me importan los trajes ni las joyas, como cree Miguel, sino el aire en que viviremos. El aire del poder de mi padre. Será como vivir en el piso más alto, de aquí, primero; de todo México, después. Tú no lo has oído hablar en los mítines, no sabes todo lo que puede dar de él, que fue tan pobre. Y todo lo que puede tener.

ELENA.—Yo no quiero nada, hija mía, sino que él viva. Y tengo miedo.

JULIA.—Yo, no; es como la luz, para mí. Todos pueden

verlo, nadie puede tocarlo. Y será lindo, mamá, poder hacer todas las cosas, pensarlas con alas; no como antes, que todos los deseos, todos los sueños, parecían reptiles encerrados en mí.

ELENA.—(Se sienta.) Quizá piensas en tu amor, y hablas así por eso. ¿Esperas que ese muchacho te quiera viéndote tan alta? Yo no lo aceptaría entonces: sería interés

JULIA.—Yo no lo quiero ya, mamá. Lo sé desde hace dos semanas. Lo que amaba yo en él era lo que no tenía a mi alrededor ni en mí. Pero ahora lo tengo, y él no importa. Tendré que buscar en otro hombre las otras cosas que no tenga. Querer es completarse.

ELENA.—Tengo miedo, Julia. Todas estas semanas, mientras César iba y venía por el Estado, yo pensaba en la noche que el hombre a quien yo quise ha desaparecido, y que hay otro hombre, formándose apenas, a quien yo no quiero todavía. Si eligen a César...

JULIA.—Está elegido ya, mamá, ¿no lo ves? Un elegido.

ELENA.—Si eligen a César, será el gobernador. Lo rodeará gente a todas horas que lo ayudará a vestirse y lo alejará de mí. Tendrá tanta ropa que no podrá sentir cariño ya por ninguna prenda... y yo no tendré que remendar, que mantener vivas sus camisas ni que quitar las manchas de su traje. De un modo o de otro, será como si me lo hubieran matado. Y yo quiero que viva. (Se levanta violentamente.) Es preciso que no lo elijan, Julia, es preciso.

JULIA.—¿Estás loca? ¿No comprendes todo lo que esto significa para todos? ¿No has sentido nunca deseos de vivir en la luz? Será una vida nueva para todos.

ELENA.—Hablas como él.

JULIA.—Yo prepararé su ropa cada mañana, en tal forma que no pueda tocar su corbata ni sentir su traje sobre su cuerpo sin tocarme, sin sentirme a mí. Contigo consultaré sus cosas, sus planes, sus decisiones, y cuando las realice te estará viendo y tocando.

ELENA.—No me ha hecho caso ahora..., no ha querido hacerme caso. ¿Por qué? ¿Por qué? No. Que lo derroten, aunque lo denuncien..., que se burle de él y de su men-

tira toda la gente. Miguel tiene razón. Que lo injurien, que lo escupan...

JULIA.—¡No hables así! ¿Por qué hablas así?

ELENA.—Yo lo consolaré de todo. Quiero que viva.

JULIA.—Quieres que muera.

ELENA.—Quiero que muera el fantasma y que viva él; que muera su muerte natural, propia. Que viva. (Pausa. En el silencio del mediodía se oye un claxon de automóvil, bastante próximo. ELENA se sobresalta.) ¡Un coche! (JULIA no contesta. ELENA queda inmóvil en el centro mirando hacia la puerta. JULIA se reúne con ella. Entran MIGUEL y GUZMÁN. ELENA dice:) Miguel... (Espera. MIGUEL baja la cabeza en silencio.)

JULIA.—¿Qué ha pasado?

GUZMÁN.—(Jadeante.) Señora...

ELENA.—¿Han... herido a César? (GUZMÁN baja la cabeza) No... Lo han matado, ¿verdad?

GUZMÁN.—Encontré al muchacho en el camino, señora, corriendo. Ya era tarde.

ELENA.—(Contenida.) ¿Cómo fue? ¿Navarro?

GUZMÁN.—Para mí, fue él, señora. Pero allí mataron al que disparó. Bastó un tiro. Apenas acabábamos de llegar, y el general iba a sentarse cuando... En el corazón.

JULIA.—Mamá... (Le agarra las manos. Es un dolor increíble el de las dos, que va desenvolviéndose y afirmándose poco a poco.)

ELENA.—¿Dice usted que mataron al hombre que disparó?

GUZMÁN.—El pueblo lo hizo pedazos, señora. (Ruido de automóviles dentro.)

ELENA.—(Lenta, con voz blanca.) Pedazos. (Se vuelve hacia la pared, muy erguida. JULIA llora sin extremos, nada más bajando la cabeza y dejando correr sus lágrimas. MIGUEL se deja caer en un asiento. Ahora se oyen voces. En el umbral de la puerta aparece NAVARRO.)

GUZMÁN.—¡Tú! ¿Cómo te atreves...?

NAVARRO.—(Avanzando.) Señora, permítame presentarle mis condolencias más sinceras. Su marido ha sido víctima de un cobarde asesinato. (MIGUEL, pasando por detrás de ellos, cierra la puerta.)